



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11229

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extran-
jero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 11 DE ABRIL DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreite rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO

DEL DOCTOR LEOPOLDO CANDIDO

Tratamiento moderno
de las
enfermedades
crónicas y rebeldes

CONSULTORIO MÉDICO

Centrogenal de vacunaciones

Horas de curación
y consulta
de 9 á 11 de la mañana
y de 3 á 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 83

Vacunas.—*De terno a contra la viruela, antituberculosa y contra las en-
fermedades de los ganados.*

Sueros.—*Normal, antidiftérico, antituberculoso, antiestreptococcico,
polivalente y artificial d. Cheron.*

Jugos orgánicos.—*Aplicación para el método Brown Séquard por la
vía hipodérmica y por la vía gástrica.*

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio, y se ex-
ponen por cajas de seis ó más tubos y ampollas, á los señores farmacéu-
ticos. Se practican análisis de líquidos orgánicos, e. putos, etc.

Para informes y pedidos al DOCT. CANDIDO
MURALLA DEL MAR, 83
CARTAGENA

Teléfono número 30. Dirección Telegráfica: Dr. Cándido

AMAGOS

Malo es que haya perdido Es-
paña sus colonias, parte no esca-
sa de la guerra que á todos nos co-
bija, promueven agitación en el
país determinados elementos le-
vantiscos que ansian regenerar-
nos de bien extraño modo, es decir,
desangrando á la patria, como si
no estuviera bastante desagrada
con la sangría suelta que sufrió
durante cuatro años con las gue-
rras cubana y filipina y más tarde
con la que nos promovieron los
yankis.

A título de regeneradores, y so-
pretexto de rechazar vergüenzas
de la guerra que á todos nos co-
bija, promueven agitación en el
país determinados elementos le-
vantiscos que ansian regenerar-
nos de bien extraño modo, es decir,
desangrando á la patria, como si
no estuviera bastante desagrada
con la sangría suelta que sufrió
durante cuatro años con las gue-
rras cubana y filipina y más tarde
con la que nos promovieron los
yankis.

Solo a gentes locas se les ocu-
rre emplear ese procedimiento pa-
ra curar los males de la patria;

solo a quienes carecen de juicio
se les figura que agolando la san-
gre del cuerpo puede éste restau-
rar mas pronto la perdida salud

Locos y más que locos son los
carlistas; fanaticos de un sistema
ya caducado, que dejó en el país
huella de sangre, pretenden en ma-
la hora galvanizarlo por medio de
intentonas, que han de ser para
la patria como puñaladas crue-
les asestadas en su cuerpo mori-
bundo

El fanatismo impele á los car-
listas a la guerra civil. El amor
propio les impide ver el abismo á
cuyo borde ponen la patria. Un
patriotismo falso les ofusca hasta
el punto de regarles los ojos y no
ven que haciendo de la patria que
desean salvar palenque de lucha
fratricida, consuman su descredí-
to, preparando el camino por don-
de han de venir males mayores y
daños mas intensos que los causa-
dos por las pasadas guerras.

La frase dicha por el ministro
inglés de las colonias, relativa á las
naciones moribundas, nada dice a

los partidarios de D. Carlos. Tie-
nen oídos y no oyen el ruido que
produce el trabajo de zapa de la
soberbia Albion; tienen ojos y no
ven que Canarias y Baleares son
presas codiciadas que excitan el
apetito de Jhon Bull y sobre las
cuales caerá en el momento en que
nos vea enredados en discusion
armada

Sean los carlistas todo lo retro-
grados que quieran, pero sean bu-
nos españoles Propaguen sus
ideas si es que encuentran—cosa
que dudamos—terreno abonado
para que fructifiquen. Acendan á
las urnas y sumen votos para sa-
car triunfantes á sus candidatos.
Todo eso es legal. Pero no preten-
dan requerir las armas, porque ese
remedio, barbaro en todas ocasio-
nes y mas en la presente, es un cri-
men de lesa nacion.

y satisfecha con el que ella llamaba cán-
didamente «amado de su alma.»

Era de ver la alegría que María espe-
rimentaba cuando después de refida
carrera con su cervatillo, se tendía en
el césped, anhelante y roja como la
amapola silvestre, á la par que el ani-
malito mostraba su contento echando
las patitas por el aire y revoloteándose
alegremente en la mullida alfombra,
donde su amita lanzaba al viento el sim-
patico eco de sus locas risas.

II

Todo pasa en el mundo, todo pasa.
Hasta el cándido amor de un cervati-
llo.

Dos años han transcurrido y el mis-
mo paisaje se ofrece á nuestra vista.—
Ya no está sólo el cervatillo, pues á su
lado rumia la compañera que eligió, y
ambos miran los repetidos saltitos del
fruto de su unión, que no lejos se soste-
nia en interminables ejercicios gimná-
sticos.

A pocos pasos está María, ya no echa-
da en la verde alfombra ni teniendo sus
mejillas el color de grana con que la co-
nocíamos, sino sentada en una piedra
con la pálida mejilla apoyada en la pal-
ma de su mano, por la que serpentea-
ban arroyuelos azules de venosa sangre
que resaltan más todavía la palidez in-
tensa de su cuerpo.

Vagan sus ojos, alimentando, sin du-
da, secreta esperanza, y los movimien-
tos de su abultado seno, hace que nos
fijemos en la transformación tan grande
que María ha sufrido.

En esta postura permanece hasta que
el sol, al ocultarse, tinte con luz rojiza
la verde pradera y arranca de los ojos
de María dos gotas de llanto que, pe-
netrando por la boca, se recojen, sin
duda, para emprender al día siguiente
el mismo itinerario.

Y más pálida todavía y meneando la
cabeza tristemente en señal de otra es-
peranza perdida, se dirige despaacio á la
choza sin cuidarse de los cervatillos,
que amantes como siempre, van en pos
de ella, deseosos de alguna caricia que
há tiempo no disfrutaban.

III

—¿Qué fueron tus promesas de cons-
tancia y de cariño? ¿Qué las tiernas
protestas de unirme á mí para siempre?...
¿Tanto tiempo ha pasado que quizás

más de cuatro te hagan las mismas pre-
guntas y tengan como yo en sus brazos
el amargo fruto de su credulidad!

Era María la que al viento enviaba
estas preguntas teniendo en su regazo
un hermoso niño, al que acariciaba y
trataba de ocultar con sus brazos, ni
más ni menos que en otro tiempo hicie-
ra con su querido *Caretito*, que á su
lado estaba, aunque también transfor-
mado en padre de dos cervatillos, y al
lado de su inseparable compañera, que
era el ama de leche del niño de María.

Caretito... (pues no debemos llamarle
Caretito siendo ya padre de familia)
Caretito, decimos, se adelantó un poco,
y entrelazando los cuernos á los de su
compañera, la condujo al lado de María
con objeto de darle alimento al niño,
que enseguida se puso á mamar ávida-
mente.

Al ver la zagala tanta solicitud pro-
metió abrazando con efusión al cervati-
llo, prodigarle en adelante toda clase
de cuidados y caricias, reemplazando
en su corazón al olvidadizo seductor.

Enrique Cerezo.

EL CERVATILLO

I

—¡Toma *Caretito!* ¡toma monín!
¿Pretendes, por ventura, desobedecer á
tu amita, que tanto te quiere?

Así interrogaba la «linda pastora»,
como todos la llamaban en las cerca-
ñas, á su cervatillo, precioso animal
que ofrecía grandes rasgos análogos á
los de su ama, pues los dos competían
en el salto, en las carreras y en la na-
tural alegría de los pocos años.

Y *Caretito* salvando con ligereza la
distancia que de su ama le separaba,
ocultó su juguetosa cabeza en el regazo
de la joven, que á su vez le prodigaba
tiernas caricias, propias más bien de
dirigirlas á un angel que á un animal.

Pero... ¿no era para ella un verdade-
ro angel aquel animalito que si no tenía
precisamente alas, ostentaba con orgu-
llo dos cuernecitos finos y tiernos, que
á María (esto era el verdadero nombre
de la zagala) se le antojaban preciosos
dijes, que adornaban aquella cabecita
tan querida?...

—¿Cuernos ó alas... ¿qué más dá?...
¡Todos son apéndice!

Y sin meterse en más disquisiciones
de diferenciación, la zagala vivía feliz

VI

Y echó á andar, y seguido de Ursula se metió por
la estrecha escalerilla de servicio que se llamaba de
las meninas.

Al llegar á un descanso, á una mampara por la
que se penetraba en la galería de los Infantes, el
suizo que estaba de centinela, y que sin duda cono-
cía á Marcos Calderon, le dejó pasar; pero cruzó su
alabarda sobre la puerta impidiendo el paso á Ur-
sula.

—Es una buena beata, amigo mío, dijo Marcos
Calderon, á quien ha llamado la señora marquesa
de Nuestra Señora de las Nieves.

Esta mentira produjo en efecto mágico: el suizo
levantó su alabarda, y Ursula pasó.

—Ved, ved; si yo puedo algo aquí, dijo con cierto

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 41

orgullo impertinente Marcos Calderon: es verdad
que toda la influencia se reduce á esto, y que para
obtenerla he gastado diez años, día por día, hora
por hora en el alcázar: pero ved, ved lo que dice en
ese tarjeton al lado de esta puerta.

Ursula leyó:

«Cuarto de la excelentísima señora marquesa de
Nuestra Señora de las Nieves, dama de honor de su
majestad la reina.»

VII

Marcos Calderon no redujo á esto sus servicios;
abrió la mampara, y dijo á un lacayo que se pasa-
ba en el recibimiento:

—Señor Pertiz, haedme el eminente favor de
decir á una de las doncellas de su excelencia, que
el bachiller Marcos Calderon necesita hablarla para
un asunto muy importante.

—Vaya en gracia si es muy importante el asunto,
dijo el lacayo.

Y desapareció por una puerta lateral.

—Entrad, entrad, señora Ursula, dijo Marcos Cal-
deron: no os quedéis ahí fuera de la mampara como
una persona infima.

Ursula entró.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 40

—¿Y tiene influencia con su majestad?
—¡Ya lo creo! como que quien la ha presentado
en la corte es la princesa de los Ursinos.

—¿Y creéis que esa señora me recibirá?

—Indudablemente, si llamais á la puerta de su
cuarto y la pedís audiencia: venid, venid conmigo,
y yo os haré pasar por algunos lugares, en los cua-
les os detendrían si yo no os acompañase.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 37

Llevaba en una mano fuertemente cerrada las
pruebas de su nacimiento.

Cuando penetró en el alcázar por la puerta de las
meninas se encontró perpleja.

No conocía el alcázar, nunca había estado en él.

Comprendió que era difícil obtener inmediatamen-
te una audiencia del rey y que para ello necesitaba
que alguien le ayudase.

No conocía á nadie en el alcázar, á no ser á los al-
tos funcionarios, con quienes había conspirado con-
tra Felipe V, y que sin embargo servían á este.

Es muy común que los palaciegos, pierdan la ma-
no que los protege.

Los reyes están rodeados de ambiciosos vulgares,
siempre dispuestos á hacerles traición por mas que
sus intereses.

Ursula conocía á algunos gentileshombres traído-
res, que ennobriendo su traición, aculaban á Fel-
pe V.

Pero ignoraba Ursula si alguno de aquellos gen-
tileshombres estaba de servicio; y dado que lo estu-
viere, necesitaba un intermediario, para poder lle-
gar junto á él.